

The background of the cover is a detailed historical world map, likely from the 17th or 18th century. The map is divided into two hemispheres by a vertical line. At the top, it reads 'MAPPE MONDE' and 'Dessiné par les Observateurs de l'Académie Royale des Sciences'. The map shows continents like 'AMERICA', 'AFRIQUE', 'ASIE', and 'EUROPE'. The southern part of the map is labeled 'TERRE AUSTRALE-INCONNUE' and 'MAGELLANIQUE'. At the bottom of the cover, there is a sea scene with several sailing ships on the horizon and a mermaid-like figure in the bottom right corner. The title 'DEL DICHHO' is written vertically on the left side of the map, and 'a hecho' is written horizontally across the center of the map. The author's name 'DAVID ESTOPIER' is at the bottom.

DEL **DICHHO**
a hecho

DAVID ESTOPIER

DEL DICHO AL HECHO

Cuentos

David Estopier

D. R. © 2016, David Estopier
D. R. © 2016, Trópico de Escorpio
www.tropicodeescorpio.com

Primera edición, julio de 2016

ISBN: 978-607-9281-26-7

fotografía de portada: shutterstock_115649035

Coordinadora de la edición

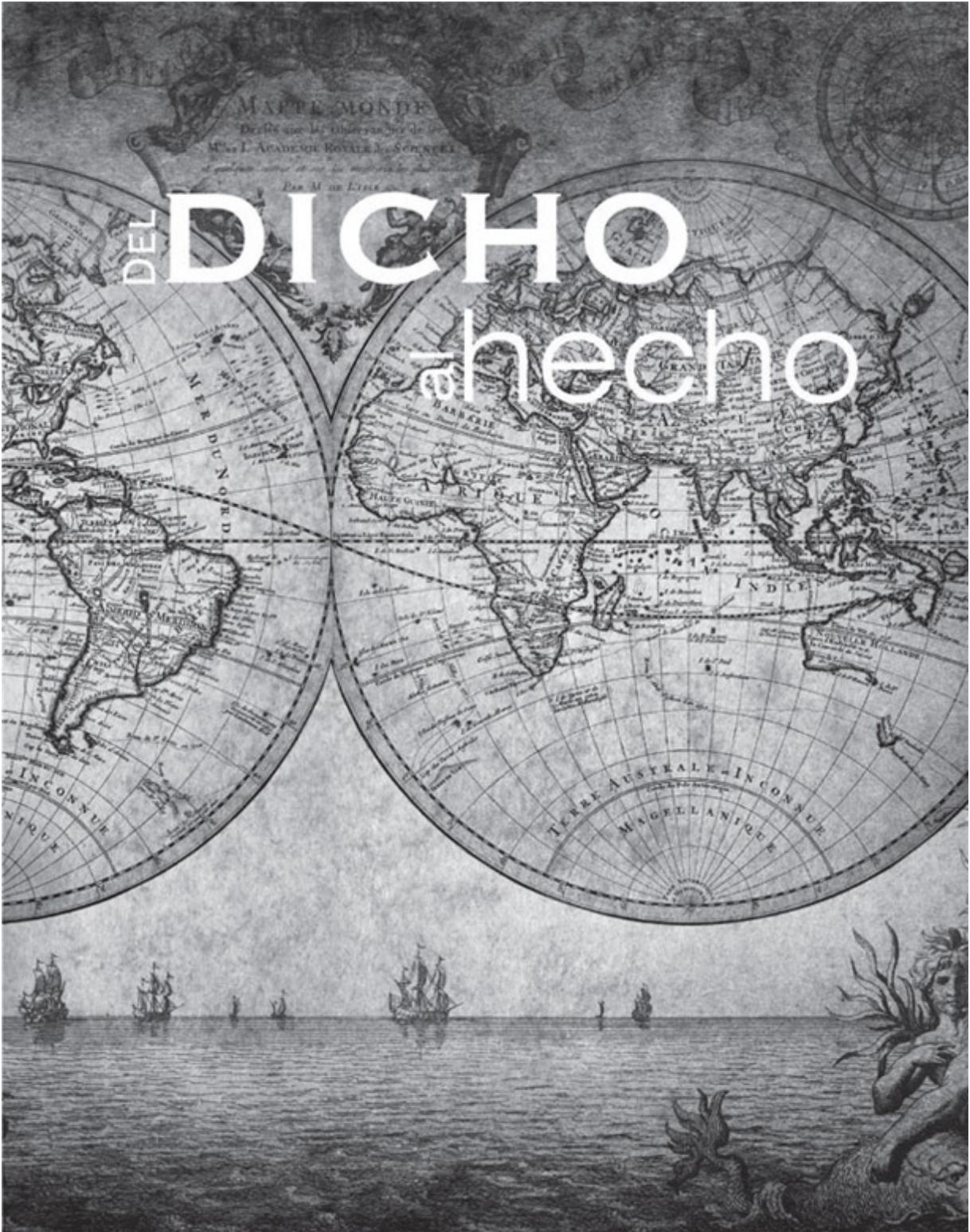
Alicia Alonso Vargas
alialonso@yahoo.com

Diseño y formación

Ivonne Viart Sánchez
ivonneviart@yahoo.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin consentimiento por escrito del editor.

Hecho en México — *Capture, S. A. de C. V.*



QUIZÁ la palabra más cercana a lo que este libro presenta sea *factores*. Son ellos los que alteran los hechos cuya intención original es desarrollarse de determinada manera, con una lógica que empecinadamente y con base en una dudosa secuencia seguimos. Sin embargo, por determinada circunstancia son alterados, cada día hay un nuevo factor que se aparece. Eternamente hemos intentado predecir los acontecimientos, eternamente la vida nos sorprende con sus giros y nos recuerda la enorme brecha que existe entre lo dicho y lo que a fin de cuentas es lo hecho.

EL EQUILIBRIO

*De repente tuvo la sensación de hallarse en medio del mundo
en el centro de algo que,
por primera vez en su vida era del todo real.
algo que exigía que adoptase una postura,
que tuviese una opinión, que hiciese una elección.*
Henning Mankel

ARNULFO estaba sentado en una silla de madera, el respaldo de barrotes era rígido, vertical, imposible. Le dolía el color, la rudeza, la simetría hostil y perfecta que de momento sostenía su aparente peso. Le dolía más estar ahí, de frente, declarando o intentando responder al Gran Juez la cantidad de preguntas que le golpeaban la cara, el corazón y la memoria.

Desde muchos años atrás Arnulfo había iniciado su carrera de interrogador; agudo solicitante de respuestas, de datos; muy tarde descubría que no servían para nada. Ahora la pregunta llegaba como el brazo del que doma una fiera cuando blande el látigo; estira el brazo y lo regresa para que la delgada punta se acelere y descargue su furia sobre la víctima.

¿Cuántos colores de canicas hay Arnulfo? ¿Cuánta agua le cabe a un camello?, ¿cuál es la montaña más baja?, ¿cuánto mide el cráter del Iztaccíhuatl?

El Juez no estaba —al menos no frente a él—, solicitando respuestas por sus pecados. Ahora se daba cuenta que hubiera sido más sencillo responder a eso; robar tenía un

efecto y según él una explicación: matar, amenazar, espiar, abusar, someter, torturar, todo eso contaba con argumentos, preguntas que, hasta este momento, se moría por contestar, (como a diario sentía morir a su abuela, a sus hermanos, a su madre; a sus maestros, a sus pocos amigos que por supuesto fueron escaseando). Se requería ser un erudito de la simpleza: Dime por qué las monedas son redondas —había exigido alguna vez a su madre.

Lo que el Juez quería eran cosas que alguna vez Arnulfo supo y que ya no recordaba.

Lentamente, a lo largo de su vida, le habían dado esas respuestas, una por una, sin omisión ni desperdicio. Sin embargo, ahora recordaba muchos pasajes de su vida, detalles remotos, nombres de personas y de lugares, todo menos la intimidad de los datos; números huecos, unidades de medida, nombres de objetos; información que cada persona había sufrido para conseguirle. Ahora que los requería, eran arena que se escapaba de sus manos, polvo incontrolable que volaba con el aire.

Recordó que, mientras subía por el Monte hacia su Juicio encontró a un hombre que caminaba en sentido contrario al suyo, un viejo maloliente que se acercó y le dio un folleto. Alcanzó a ver su aterradora mueca maldiciente. Supo que era el Mal. No entendió por qué, pero lo pudo distinguir, estuvo a punto de preguntarle algo y se contuvo, siguió caminando, dejó al viejo allá parado mientras subía y subía hasta que llegó a la cima. Ahí encontró la silla. Sin saber la razón, algo hizo que Arnulfo se sentara, luego no supo si lo que se alejó fue el piso o si la silla se elevó, lo que era cierto es que ahora estaba en una altura descomunal, aferrado, haciendo equilibrios en el vacío, agarrado a un pedazo de madera, a un mueble perfecto, a una geometría que lo hería cada vez más. La silla, él y el folleto que sin tener fuego le quemaba, ardía en sus manos, le ofrecía un Juicio alterno, normal: defender sus pecados.

Recordó también que, antes de llegar a la cima, al leer lo que aquel viejo le había entregado, le pareció absurdo, una tentación para desviarlo del Buen Camino. Sentía la esperanza del arrepentido, la posibilidad de la autculpa. Pero ahora, sentado en la silla hostil que vagaba por el aire sin control, la propuesta le comenzaba a hacer sentido. Como ya estaba muerto, no había tiempo. La silla flotaba con él en una altura demencial, estaba suspendido, estaría allí por siempre o hasta que recordara cada dato, cada fecha, cada razón cuestionada por él.

El Abismo ofrecía, estaba lleno, infestado de preguntas que, al parecer de Arnulfo, tenían respuesta. Era cuestión de soltarse de la silla y lanzarse. Por primera vez miró hacia abajo, alcanzó a distinguir unas fauces asquerosas que se abrían. Por la forma de los dientes y las putrefactas encías, pudo concluir que era la boca del viejo. Elegir es renunciar. Era cuestión de lanzarse a la oquedad aterradora y terminar de una vez por todas esa parte del suplicio. Sabía que era momento de decidir, le dolía la altura, tenía miedo. Sentía la mirada del Gran Juez pero no lo veía, miraba la boca en el abismo y percibía el vértigo de la altura, pero además estaba muerto y sin embargo sentía el dolor que le causaba la silla. Sentía también una necesidad de no caer, de mantener el equilibrio, pero se tambaleaba aterrado. Cualquier corriente de aire sacudía la silla. Escoger es renunciar. Las ansias de respuestas lo hicieron elegir. Arnulfo se soltó horrorizado y saltó al vacío.

Mientras caía comenzó a desatarse en él una sensación de ahogo que aceleró sus reflexiones. De pronto comprendió que no quería respuestas, sino responder. No quería preguntas, sino preguntar. Nunca supo cómo decir lo que pensaba, lo único que había hecho era posponer todas las decisiones de su vida. Entendió de golpe que la única decisión propia había sido lanzarse al vacío. Lo que había esperado toda su vida era honestidad, era la dura desnudez de la ignorancia, alguien que le dijera que no sabía y que no